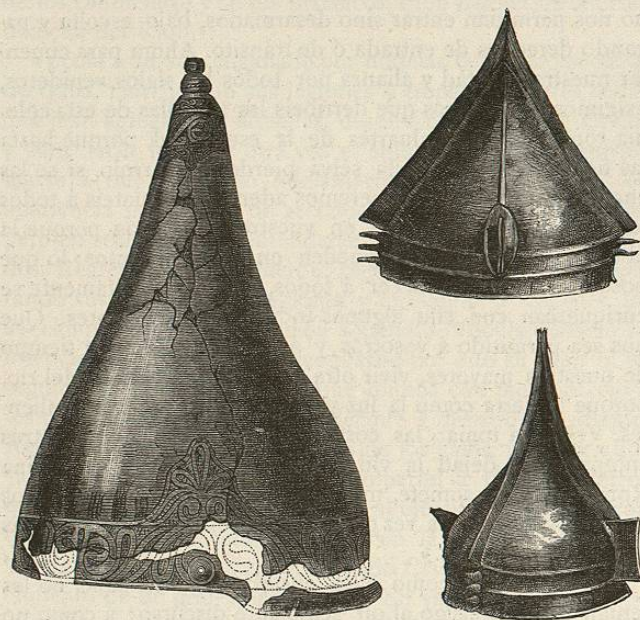


ción y saqueo de la ciudad; no solamente porque tenía una gran deuda de gratitud para con los ciudadanos de Colonia que al romper las hostilidades habían guardado en rehenes y tratado muy bien á su hijo, sino quizás para adquirir fama y gloria de generoso y magnánimo, ó mas bien porque una plaza tan fuerte le podía servir despues en la continuacion de la guerra.

De todos modos, la poblacion salió victoriosa en sus pretensiones; los teucteros se acallaron y Civilis y Veleda se pusieron de parte de la ciudad. Los emisarios agripenses no lograron sin embargo ver á la profetisa, á fin, dice Tácito, de aumentar con esto la augusta majestad de Veleda, que habitaba una solitaria y alta torre á donde solo tenía acceso un hombre de su familia que servia de mensajero y de medio de comunicacion entre ella y los que la consultaban.



Cascos galos de bronce hallados en tumbas antiguas

Teniendo ya á Colonia de su parte, pudo Civilis atraerse á los pueblos vecinos, ó cuando no, someterlos con las armas. De este modo se le habían pasado á su partido los súnicos cuyos hombres armados había dividido en cohortes; pero á lo mejor volvió á encontrarse frente á frente de su antiguo rival Claudio Labeon, que había formado á toda prisa un cuerpo de ejército de betasios, tungeros y nervios, y ofreció á Civilis batalla porque antes que este llegara, había podido ocupar el puente sobre el Mosa, quizás donde está hoy Maestricht. Esta batalla estuvo largo tiempo indecisa en el angosto valle del rio, hasta que los germanos de Civilis atravesaron la corriente á nado y cogieron al enemigo por la espalda mientras Civilis se arrojaba en medio de los tungeros, que tambien eran de raza germánica, dirigiéndoles una prudente arenga. Sus palabras fueron tan eficaces, que los tungeros envainaron sus espadas y sus caudillos Campaño y Juvenal le entregaron el mando de su hueste. Obsérvese de paso que en todos los pueblos un tanto romanizados que daban contingentes al imperio estaban ya muy generalizados los nombres romanos en lugar de los germánicos. Labeon pudo huir antes de ser cercado, y en seguida se pasaron á Civilis tambien los betasios y los nervios. Este momento forma el apogeo de la carrera de este hombre; entonces extendiase su poder ó influencia hasta pueblos muy lejanos; pero al fin y al cabo sus esfuerzos serian perdidos si no eran expulsados los romanos para siempre de la Galia,

y esto solo podían hacerlo los mismos galos. Es decir, que solo á espaldas de una Galia libre é independiente podía Civilis formar otro reino para sí al Nordeste de Galia; porque separada esta de Roma tenía necesidad de cerrar á las legiones los pasos de los Alpes, y quizás habría arrastrado en pos de sí á los celtas de la Retia, Nórica y aun España, con lo cual no habrían podido llegar los ejércitos romanos hasta el Bajo Rhin sin encontrarse antes con los galos. Pues bien, todas aquellas ilusiones de un gran imperio galo no pasaron de proyecto jactancioso. Muchas palabras y demostraciones hubo; pero á la primera dificultad se paralizaron los esfuerzos; y no podía ser de otra manera, primero por ser respecto de la Galia todo el movimiento una cosa sin razon, efecto de la momentánea excitacion producida por Civilis, y luego porque una grandísima parte del pueblo estaba tan romanizada, tan identificada con el espíritu, civilizacion y condiciones de la vida romana que un levantamiento general era imposible, y sin esto no podían obrar de consuno ni conforme á un plan fijo los jefes del movimiento, ni menos entenderse entre sí, ni con los germanos.

Julio Sabino había hecho derribar las columnas conmemorativas de los convenios celebrados con Roma; se había hecho dar el tratamiento de César; es decir, el que quería ser el libertador de la Galia, se adornaba con el nombre del conquistador de su país; pero cuando quiso atacar con las numerosas é indisciplinadas huestes de sus compatriotas á los secuanos que habían permanecido fieles á Roma, fué derrotado, y entónces lo abandonó todo y se escondió. Al principio todo era fuego y precipitacion; pero al primer revés informalse descubrió lo poco duradero de aquel entusiasmo; el nombre era romano, pero el individuo celta. Esta derrota bastó para quitar los bríos al movimiento galo contra Roma; los remos propusieron una asamblea de todos los pueblos galos para decidir entre la lucha por la independencia ó la paz; y eso que no podían ignorar que paz con Roma significaba esclavitud. La reunion se realizó en efecto en el mismo territorio de los remos. El treverio Julio Valentino, que mas había excitado al pueblo en favor de la guerra, pronunció un discurso muy estudiado lleno de invectivas y acusaciones contra Roma; «reconvenciones, dice Tácito, como siempre suelen hacerse á los grandes imperios»; excitando á hacer un levantamiento general. Sus fogosas palabras fueron acogidas con aplauso; todos las alababan, pero se decidieron por la prudencia que predicó un jefe romano, Julio Auspex, que en esta primera asamblea de la Galia libre propuso redondamente la sumision. Julio Auspex llamó la atencion de sus oyentes sobre el poder de Roma, diciendo que ya tenían las legiones como encima, y luego hizo resaltar las ventajas de la paz. A esto se agregaba que las divisiones interiores entre los diferentes pueblos galos impedían toda accion comun. Antes de la victoria, antes de entrar en la lucha ya disputaban sobre cual pueblo seria la capital; todos pretendían la capitalidad; unos decían que correspondía á su pueblo por ser el mas opulento; otros porque daba mas combatientes; otros en virtud de convenios anteriores y otros por su historia mas antigua. A los treverios y lingones se echó en cara que en un levantamiento anterior, el de Vindex, se habían pronunciado por Roma. En esta confusion se resolvió volver á reconocer el dominio de Roma al cual ya estaban acostumbrados, y se intimó á los treverios que depusieran las armas prometiéndoles que entre todos se empeñarían para obtenerles el perdón del emperador. No se llegó á tanto porque Valentino se opuso, pero sus apasionados discursos en la asamblea no podían suplir á su inactividad en los preparativos de la guerra, defecto que compartían con él los demas jefes. Clásico quería parecer emperador sin serlo; Civilis que sin la Galia

nada eficaz y sólido podía hacer, iba recorriendo los desiertos y selvas de la Bélgica pasando el tiempo en perseguir á su enemigo Claudio Labeon, para apoderarse de él ó expulsarle; Tutor nada hizo para cubrir la frontera del Rhin en la Germania Alta, ni para ocupar los pasos de los Alpes, y entre tanto resonaba ya desde lejos el paso firme de las legiones que portadoras de la venganza de Roma se aproximaban. El imperio de los césares había vuelto á recobrar su fuerza y su gloria bajo el mando de Vespasiano.

Para volver á la obediencia á la Galia y la Germania, Vespasiano nombró dos generales eminentes, Galo Anio y Petilio Cerial, destinando siete legiones á la reconquista. Las dos victoriosas, la décimaprimer y la octava, la vigésimaprimer y la segunda de las bisoñas fueron destinadas á penetrar en la Galia por los desfiladeros del Apenino, que separan la Saboya de la Italia, y por el del Pequeño San Bernardo; la sexta y décima acudían desde los Pirineos, y la décimacuarta de la Bretaña. Así habíase calculado un ataque simultáneo por tres lados, al Sur por la Alta Italia, al Norte por el canal de la Mancha y al Oeste por los Pirineos, quedando libres de ataque los galos y los bátavos del Este, gracias á Arminio y gracias á la indómita Germania.

La legion vigésimaprimer y las órdenes de Sextilio Félix pasó los Alpes sin encontrar resistencia; atravesó la Retia, y penetró en la Galia por la plaza fuerte de Vindonisa (Windisch) con sus correspondientes cohortes de tropas auxiliares; entre las cuales mandaba un cuerpo de caballería escogida el mismo sobrino y enemigo mortal de Civilis, Julio Brigántico, elegido para este mando con profunda astucia por el gobierno «porque, dice Tácito, el odio entre allegados es mas fiero que ningun otro.»

Entre tanto Tutor había reforzado sus treverios con levas de tribocos, ceracatos y vangiones, y además soldados de á pie y á caballo veteranos de las legiones y cohortes auxiliares que se habían pasado á los galos. Estas destruyeron la primera cohorte que Sextilio Felix había mandado delante como cuerpo explorador, pero los veteranos al ver luego acercarse el ejército principal, con sus generales; al ver las águilas de las legiones, no se detuvieron ya un momento, y como «desertores con honra» se pasaron á sus antiguas enseñanzas seguidos de los hombres de los tres pueblos citados. Tutor con sus treverios, emprendió la retirada á toda prisa, y evitando á Maguncia, llegó á Bingen (Bingum), donde despues de destruir el puente sobre el Nahe, se creyó seguro.

No fué así: un traidor descubrió á las cohortes que le iban persiguiendo un vado que pasaron. Los treverios espantados arrojaron las armas y huyeron, y muchos jefes corrieron á salvarse entre pueblos que habían quedado fieles á Roma, para hacer creer que antes que nadie habían renunciado á su rebeldía. Las legiones de Neuss y Bonn que habían tenido que jurar contra su voluntad fidelidad á Vespasiano obligadas por los jefes revolucionarios, y habían sido trasladadas á Tréveris, aprovecharon la aproximacion del ejército para jurar por sí mismas al emperador legítimo, aguardando el momento favorable para presentarse en cumplimiento de su deber al general Sextilio Felix ó á otro jefe.

Todo esto había sucedido estando ausente Valentino. Al llegar lleno de coraje, resuelto á destruirlo todo á fuego y sangre y sembrar á su alrededor la confusion y el terror, se marcharon estas legiones al territorio de Metz habitado por los mediomátricos que habían permanecido fieles al imperio. Valentino y Tutor mandaron matar á los dos legados Herenio y Numisio á quienes tenían presos; y viendo que con estos asesinatos se habían quitado toda esperanza de reconciliarse con Roma, obligaron á los treverios á tomar de nuevo las armas.

Así estaban las cosas cuando Petilio Cerial llegó con sus tropas á Maguncia, donde aumentó con sus modales distinguidos, su noble carácter, su confianza tranquila, profundo desprecio á los bárbaros y gran arrojo, el brio de sus tropas y de toda la poblacion fiel al imperio. Dirigió una arenga á los soldados expresando sus sentimientos y su resolucion de pelear á la primera ocasion favorable. Envió á sus casas, á medida que fueron llegando, los contingentes de la nueva leva que habían hecho los pueblos fieles, diciéndoles que á Roma le bastaban sus legiones y que los pueblos aliados procuraran aplicarse á las faenas pacíficas en la completa seguridad de que la guerra que Roma tomaba á su cargo era cosa que podía darse por concluida. No hay que decir el excelente efecto que esto produjo; los pueblos al volver á recibir en sus hogares á sus hijos podían dedicarse mejor á sus industrias y satisfacer mas fácilmente las otras cargas del Estado, de modo que agradecidos trataron de hacer mas de lo que se les pedía y ofrecieron contingentes, á pesar de no ser necesarios.

Cuando estas noticias llegaron á oídos de Civilis y de Clásico, concentraron apresuradamente sus fuerzas y avisaron á Valentino, mandándole no comprometer nada y abstenerse de una accion decisiva. Cerial por su parte resolvió aprovechar esta circunstancia para aniquilar aisladamente á los treverios antes que aquellos jefes dispusiesen el modo de utilizarlos ó auxiliarlos. Supo que Valentino con una grande division de treverios se había concentrado en una posicion naturalmente muy fuerte cerca de Rigodulum (hoy Ricol ó Réol) á orillas del Mosa, protegida por el rio y las montañas, y fortificada además por fosos y parapetos de peñascos. Allí se resolvió atacarle por dos lados, y en su consecuencia envió varios jefes á las legiones que despues de volver á sus banderas se habían acogido por lo pronto entre los mediomátricos, y les dió la órden de marchar desde el Sur, donde estaban, por el camino mas corto contra el enemigo fortificado en Rigodulo, situándose á su flanco derecho, mientras él recogiendo á toda prisa las tropas que había llevado y todos los combatientes que pudo encontrar en Maguncia, llegó en tres dias de marcha forzada y se presentó á la vista del enemigo por la parte del Este.

El plan estaba trazado de mano maestra; la ejecucion correspondió al cálculo estratégico, y el valor de las tropas á la fama de las armas romanas. Sin dejarse imponer por las fortificaciones mandó Cerial á la infantería proceder al asalto, mientras la caballería tenía órden de estar en observacion en la loma de una colina próxima. Estas disposiciones atrevidísimas y arriesgadas solo se explican por el inmenso menosprecio con que miraba Cerial al enemigo, que había cometido el error de concentrarse en un solo punto, y dejarse atacar por dos lados, cuando la favorable posicion escogida era pequeña ventaja contra la superioridad romana. La infantería trepando por las rocas se detuvo para cobrar aliento, á cierta altura, donde los proyectiles del enemigo pasaban por encima de sus cabezas; despues siguió su penoso movimiento y al llegar arriba arrojó al enemigo por la pendiente con el ímpetu de un torrente que arrolla todo á su paso. Al huir los sublevados por las onduladas estribaciones echóse sobre ellos la caballería y apresó á sus jefes mas principales, entre ellos á Valentino.

Al dia siguiente, llegaron los vencedores en persecucion del enemigo á Tréveris, donde con mucho trabajo pudo impedir el general que sus tropas no destruyesen la ciudad, patria de los rebeldes Clásico y Tutor, para vengar en ella la de tantos campamentos fortificados, legiones y generales. Tan grande era el coraje, que prometieron renunciar á todo el botin dejando el total producto al fisco con tal de poder ver



arder la ciudad de los rebeldes. Cerial calmó la excitación con muchísimo tacto y no poco trabajo, y también logró la fusión de las legiones arrepentidas y vueltas á su deber, con las que acababan de llegar con él de Italia. Arreglados estos puntos, dirigió á los treverios y lingones una alocución intimándoles, en lenguaje rudísimo y despreciativo, la sumisión, y diciéndoles que debían alegrarse y dar gracias de quedar moralmente destruidos y de que no se extendiese el castigo á la destrucción material.

Este discurso que Tácito pone en su boca, prescindiendo de la retórica del historiador, es instructivo, porque nos pinta el modo de pensar de Roma respecto de la Galia y la Germania. Lo único que pasa en silencio es el móvil de Roma, es decir, el egoísmo, que como en todo acto de su política se sobreentiende. Véase ahora el discurso ó alocución que dirigió el mismo general á los celtas. Empezó por hacerles notar que rudo soldado como era, había sostenido solo la gloria militar de Roma, sin cuidarse de las letras romanas, porque no había estudiado el arte de la elocuencia. Después añadió: «pero ya que entre vosotros tienen mas importancia las palabras que los hechos, quiero llamar vuestra atención sobre algunos extremos que os importa mas escuchar que á nosotros exponer, después de la reciente victoria que hemos obtenido. Los romanos no vinieron á la Galia impulsados por el deseo de dominar ni para satisfacer su codicia, sino porque vuestros mayores los llamaron cuando divididos por discordias interiores se exterminaban mutuamente, hasta que vencedores y vencidos habían sido subyugados y esclavizados por los germanos á quienes habían llamado á su auxilio. No fué ciertamente para proteger nuestra Italia por lo que entonces ocupamos las orillas del Rhin, sino para que no viniera otro Ariovisto á conquistar de nuevo la Galia; y ¿creéis acaso que Civilis y sus bátavos ó los germanos del otro lado del Rhin os reservan mejor trato que sus antecesores dieron á los vuestros? Siempre serán los mismos móviles los que atraerán á los germanos á la Galia: la rapiña, la codicia, el afán de hallar un país mejor que el suyo, y de cambiar sus pantanos y soledades incultas por vuestro suelo feracísimo y hacer de vosotros esclavos para trabajarlo. No escasean por supuesto las bellas palabras, como libertad y otras, conforme se ha hecho siempre cuando se quiere para sí el señorío y para los otros la esclavitud. Antes de ser gobernada la Galia por nosotros, imperaban en ella sin interrupción el despotismo y las guerras interiores; y en cambio de haberos librado de este estado, solo os pedimos lo que es indispensable para la conservación de la tranquilidad pública: contribución y soldados. A vosotros solo os alcanzan los efectos benéficos del gobierno de los emperadores buenos, no la opresión y tiranía de los malos; pero aunque haya emperadores viciosos y livianos, los debéis aceptar como se aceptan los fenómenos naturales, las lluvias torrenciales ó la sequía. Mientras que haya hombres, habrá vicios; pero ni unos ni otros duran siempre; á los malos emperadores suceden buenos, que contrabalancean con ventaja á aquellos; ó ¿pensáis acaso que un Tutor ó un Clásico os gobernarán mas suavemente que Roma y que necesitarán menos contribuciones para sostener los ejércitos que hayan de rechazar á los germanos y bretones? Porque si nosotros los romanos fuésemos expulsados, ¿qué tendríais sino incesantes invasiones y guerras de unos pueblos con otros? Además ahí están los ocho siglos en que brilla la estrella de Roma por su severa administración y disciplina; y ¡ay de-aquel que intentara quebrantarlas! Si no existiera Roma, los mas desgraciados seríais vosotros cuyo oro y riquezas son un continuo aliciente para los otros. Nuestra victoria debería enseñaros á preferir la sumisión y la seguridad á la desobediencia y la ruina.»

Este discurso «los tranquilizó y los reanimó,» dice Tácito, aunque en el fondo no venía á decirles sino que habían perdido la libertad para siempre y que no les quedaba mas alternativa que elegir entre el señorío de Roma y el de los germanos.

Civilis y Clásico se aproximaron por fin para atacar á las legiones que acampaban cerca de Tréveris. Fuese engañados y de buena fe ó fuese por estratagema, enviaron por delante una carta á Cerial en la cual le decían que Vespasiano había muerto y que si él en vista de la disolución del imperio romano quisiese formarse allí un reino se reducirían ellos á las comarcas que tenían ocupadas y le abandonarían todo el resto de la Galia. Por toda contestación se dedicó Cerial á aumentar las obras de defensa de su campamento establecido á toda prisa, en circunstancias muy desfavorables y sin prevision; y entonces se le criticó por no haber atacado á los enemigos antes de que se reuniesen.

Los dos caudillos sublevados no podían á su vez ponerse de acuerdo sobre el plan de guerra que convenia adoptar; Civilis queria aguardar los refuerzos que debían llegar de la Germania brava, creyendo que su terrible aspecto y ferocidad acabarían con las fuerzas romanas. En cuanto á los galos, no eran mas que botín del vencedor, y los mas valerosos de entre ellos, los belgas, estaban ó abierta ó secretamente contra Roma. Tutor era de opinion de atacar en seguida, porque toda tardanza aumentaría las fuerzas del enemigo que se hallaban en camino desde la Bretaña, España é Italia.

Los germanos bravos que Civilis aguardaba no sabían lo que eran orden ni obediencia; solo obraban segun el impulso del momento; el único medio de lograr algo de ellos eran el dinero y los regalos que tomaban de cualquiera parte que viniesen; y de ninguna los recibirían mas abundantes que de los romanos. «En el momento presente, añadía, no tiene Cerial mas tropas que los legionarios tránsfugas y desmoralizados que no combatirán bien contra sus vencedores, y además es de suponer que el genio pronto y atrevido del general romano, ensobrecido con la fácil victoria sobre el charlatan Valentino, le arrastró á alguna imprudencia contra hombres de hierro como nosotros dos.»

Clásico decidió la cuestión poniéndose de parte de Tutor, y al momento se resolvió el ataque. Formaron su centro con los ubios y lingones, el ala derecha con las cohortes bátavas, y la izquierda con los brúcteros y teucteros que marcharon unos Rhin abajo y otros entre el Mosela y la vía militar. Este ataque súbito tuvo buen éxito: Cerial, en su punible y soberano menosprecio de los enemigos, había pasado la noche fuera del campamento, y descuidado el servicio de rondas. Estaba acostado cuando le llevaron la noticia del ataque y de la derrota de su gente. Riñó á los mensajeros por su pusilanimidad y no les creyó hasta que vió con sus propios ojos toda la desgracia: el campamento de las legiones asaltado y en manos del enemigo, la caballería dispersa, y el puente sobre el Mosela por el cual se comunicaba al ejército con la ciudad de Tréveris ocupado por fuerzas sublevadas.

Despreciando el peligro y la muerte, precipitóse entre los suyos llamando á sí á los fugitivos; y corriendo sin yelmo ni coraza por donde llovían los proyectiles, logró arrancar al enemigo el puente cuya defensa dejó á los mejores de su tropa.

Alejado así el peor de los peligros, corrió al campamento donde encontró á las legiones que habían sido hechas prisioneras en Bonn y Neuss en completo desorden, con poquísimos hombres ya junto á las enseñas, y las águilas casi perdidas. Con voz tonante y llena de ira llamó á la gente al cumplimiento de su deber, y efectivamente, pocos momentos

bastaron para formarse de nuevo en manipulos y en cohortes. Las tiendas y carros impedían una formación mas ancha, pues se peleaba ya en el centro del campamento. El enemigo llevaba la mejor parte del combate, porque sus tres jefes se esforzaban en animarlo con las palabras y el ejemplo hablándole de libertad, gloria y botín. Pero otra vez decidió el éxito de la pelea como en tantas ocasiones la táctica romana de tener cuerpos de reserva. Acudió la legion vigésima-primera; se desarrolló fuera del campamento en ancha línea de batalla; contuvo primero el ímpetu ciego de los germanos amenazando los dos lados de su formación en cuña, y les hizo retirar despues, porque al verse atacados ya por fuera y por dentro creyeron que habían llegado refuerzos y huyeron. Los romanos, que no comprendían este pánico repentino, lo atribuyeron á una intervención de sus dioses; pero lo que quitó á los bárbaros de las manos la victoria fué principalmente su loca codicia y el ansia con que se precipitaron al saqueo sin pensar en otra cosa. Cerial por el contrario aprovechó su triunfo persiguiendo á los fugitivos hasta su campamento, tomándolo y destruyéndolo inmediatamente.

Poco pudieron descansar sus tropas, porque la ciudad de Colonia pedía su auxilio. Los habitantes de esta ciudad justificaron entonces el odio y la desconfianza que inspiraban á los germanos, porque ofrecieron á los romanos entregarles la esposa é hija de Civilis, y la hermana de Clásico, á quienes estos dos generales, confiados en la amistad de los agripenses, habían dejado bajo su custodia. No contentos con esto, habían degollado á todos los germanos que estaban alojados en sus casas como huéspedes, tan pronto como llegaron á saber que la fortuna de la guerra sonreía otra vez á las armas romanas. Por último, temiendo con razon la venganza de los germanos, se apresuraron á solicitar el auxilio de sus antiguos amos y protectores, porque Civilis miraba ya con ceño la ciudad falsa en cuyo territorio, en Tolbiacum, hoy Zulpich, tenía la mas feroz de sus cohortes formada de caucos y frisones, del todo completa. Desembarazáronse de ella los de Colonia de un modo por demás alevoso: convidaron á estas tropas á un suculento festín, y cuando todos dormían hartos y ebrios, cerraron las puertas de la casa, pusieron fuego dentro y fuera y quemaron á todos sus huéspedes.

En esto acudió apresuradamente Cerial con socorros, mientras Civilis estaba vigilante creyendo ser atacado en su país del lado del mar por la legion décimacuarta que con la escuadra romana debía llegar de la Bretaña. Sin embargo, el general legado Fabio Prisco que la mandaba, la condujo por otro camino al territorio de los nervios y tungeros y lo sometió. Con todo, una banda de los primeros que se levantó para hacer guerra á los enemigos de Roma por su cuenta propia, como un cuerpo de voluntarios, fué dispersada por los caninefatos que animados con este resultado y prácticos en el mar atacaron á la escuadra que llegaba de la Bretaña, apresaron muchos buques y echaron otros á pique. Al propio tiempo logró Clásico derrotar á un destacamento de caballería de Cerial cerca de Neuss. Todos estos reveses, aunque poco importantes en sí, disminuyeron mucho por su repetición el buen efecto que había causado la victoria primera. Civilis desde entonces había vuelto á rehacerse con numerosos contingentes procedentes de la Germania y tomó posiciones cerca de Vétera esperando que el recuerdo de las ventajas allí obtenidas aumentaría el brio y entusiasmo de sus guerreros. Cerial se puso en marcha para atacarle y expulsarle, llevando esta vez doble número de gente, porque acabábanle de llegar tres legiones mas; la segunda, sexta y décimacuarta. Comparecieron igualmente en el lugar de la cita muchos contingentes de á pié y á caballo, de pueblos

aliados, ufanos de las varias victorias que habían obtenido. Los dos jefes enemigos presentáronse sin tardanza á la cabeza de su respectivo ejército, uno en frente del otro, separados solamente por una vasta extensión de terreno pantanoso que Civilis había inundado además artificialmente rompiendo un dique oblicuo que de este modo dejaba correr una parte de las aguas del Rhin sobre aquel país, circunstancia en extremo desfavorable para los romanos, mas cargados de armas, de menor estatura y peores nadadores que los bárbaros. Los bátavos desafiaban á las avanzadas romanas hasta que estas se dejaban engañar y adelantándose hácia ellos se hundían con sus caballos en el terreno falso, mientras que los bárbaros concedores de los pasos acudían saltando hasta cogerlos por el flanco y la espalda. A medida que crecía el peligro acudían mas, y hubo muchas pérdidas entre los romanos porque los heridos y los que no sabían nadar se asian de los sanos y buenos nadadores, perdiéndose unos y otros. Sin embargo, en último resultado fué mayor el ruido que la importancia del número de muertos, no pasando aquellos combates de ser escaramuzas de avanzadas. Antes de generalizarse mas la pelea resolvieron los dos generales, cada uno por sus motivos particulares, precipitar el desenlace; Cerial deseoso de probar que no impunemente se burlaban los bárbaros de sus soldados, y Civilis para sacar todo el partido posible de circunstancias tan favorables. La noche que precedió á la batalla fué celebrada por los bárbaros con grandes cantos y vocería: los romanos la pasaron agitados por terrible cólera.

Llegó el día y Cerial formó su ejército en una larga línea de batalla; delante la caballería y las tropas auxiliares; en segunda línea las legiones, y detrás un cuerpo de reserva de tropas escogidas á sus órdenes inmediatas. Civilis formó de los suyos varias masas apiñadas en forma de cuña; los bátavos y gugernos á la derecha, los germanos bravos á la izquierda cerca del río y el frente mirando al Este.

Cerial recordó á sus tropas, entre las cuales figuraba la legion décimacuarta, la vencedora de la Bretaña, las victorias antiguas y recientes; elogió las legiones nuevas, y excitó á las viejas que habían hecho las campañas en la Germania y capitulado en aquel mismo punto, á reconquistar su antiguo campamento de Vétera, su cuartel de invierno.

Civilis también animó á los suyos diciéndoles que esta vez no desdijeran del valor que antes habían mostrado allí mismo, donde tanta gloria habían adquirido, donde pisaban los huesos y las cenizas de las legiones destruidas: que no se rigiesen por el descalabro de Tréveris, porque allí perdieron la victoria por su codicia de hacer botín, y que desde entonces la fortuna había vuelto las espaldas á los enemigos. Lo que de él había dependido, lo había hecho; allí era el punto elegido con mucho cálculo, ellos eran prácticos en los pantanos tan fatales á los romanos. Allí tenían á la vista el Rhin y las divinidades germánicas, aludiendo con esto quizás á las que guardan las fronteras; y allí debían luchar poseídos de entusiasmo por sus familias y la patria. Todos contestaron á su manera ruidosa, entrechocando las armas, dando brincos guerreros y blandiendo sus picas. El combate se abrió con armas arrojadas, como flechas, dardos y piedras arrojadas ya con honda, ya con otros aparatos ó á brazo. Cuando gastaron estos proyectiles los germanos atrajeron á los romanos al terreno pantanoso, donde los mataban con sus desmesuradas lanzas, empeorando tan mala situación los brúcteros que atravesaron el Rhin á nado y cayeron sobre el flanco de las legiones introduciendo en ellas la confusión. La primera línea compuesta de contingentes aliados fué arrojada de su posición; pero sucedió lo de siempre; los germanos con aquel empuje suyo que jamás habían experimen-